

Moralidad posmodernista y ética de un nuevo funcionalismo en el diseño de la ciudad

LA dialéctica entre progreso e historicidad es en estos momentos una constante al tratar de situar la arquitectura del entorno. Connotaciones de ilusión y desilusión sucesivas ante el éxito de la vanguardia en el campo de batalla del sistema de producción de ciudad y arquitectura parecen constantes contradictorias en un intento de análisis crítico a los más recientes críticos de la construcción de la ciudad que, a partir del Movimiento Moderno, se debaten en lo que hoy parece ya consolidado como «tendencias posmodernistas».

En todas ellas se parte de una concepción de arquitectura como proposición de ideal, como proyecto eutópico. A esta idealización (como invariante de las tendencias) es necesario añadir una dimensión instrumental al diseño. Una dimensión de valor, que lo cualifique como uno de los pasos en un proceso más complejo que la teoría y método de la planificación general, y del planeamiento de la ciudad en particular, permiten hoy contemplar con nuevas responsabilidades de orden ético.

La pretensión de participar a través de una nueva imagería o una práctica comprometida en la construcción de la ciudad en su sentido arquitectónico (debería poderse decir traducción físico-espacial del conocimiento social y del hecho de la cultura sin asustar a nadie), de forzar un designio construible, está llevando, sin embargo, en un énfasis de exceso lingüístico o caligráfico, a su diseño a una posición irrelevante, encajada en el círculo vicioso de su supuesta «especificidad propia» como artefacto a fin en sí mismo de modo que sin las intenciones de proposición idealizada ni el contrapunto de su papel real en la implementación del entorno construido, salga de una esteril tierra de nadie.

En un momento de desintegración social, que habría que valorar como positiva, como muestra de movilidad, modernización y transparencia del conflicto inherente a los procesos de producción de la ciudad, solicitar una integración cultural unívoca al diseño de su arquitectura parece una solicitud de síntesis no sólo imposible sino impropia.

Pero en este conjunto de confrontaciones, de lucha ideológica y metodológica, la capacidad no constructiva de la crítica de vanguardia hacia el inmediato pasado ha llegado al límite de considerarlo no sólo clausurado sino de querer exponer sus restos para reanimarlos ante el vacío de la ambigüedad o a la incapacidad creativa de la contradicción que supone el rechazar las fuerzas que producen y dominan el entorno físico, y por lo tanto replantearse la colaboración en esta producción de los impulsos proyectuales esterilizados en minorías crecientemente academicistas (2).

Parte de esta sensación actual de vacío crítico, de crisis abierta proviene de haber heredado una buena dosis de la no-historicidad del Movimiento Moderno, y por lo tanto de negar la validez de los antecedentes más inmediatos para, supuestamente por un nuevo esfuerzo historicista, retomar el punto de partida anterior a este conjunto de revoluciones de principio de siglo sorprendente por su fecundidad, difícilmente comprensible en su masianismo heroico y prácticamente inexplicable desde una perspectiva académica.

El rechazo, la tan predicada muerte de la arquitectura moderna, podría haberse producido por saturación, como exceso de contenido, o por frustración, como deseo del continente insatisfecho.

Al menos desde una perspectiva moral, entendida no como una lucha estéril entre pseudoestilos (de los que a veces no existe más que intentos fallidos) sino como un camino racional de la construcción del entorno en respuesta a sus variables sociales y políticas, el rechazo del Movimiento Moderno y especialmente de la teoría y métodos funcionalistas, ha sido cuando menos precipitado, y en todo caso bajo supuestas inferencias de causalidad bi-unívoca entre términos poco aclarados. Funcionalismo y Modernismo, y posteriormente neo-racionalismo y neo-realismo son terminologías presentes, quizá, sólo en la crítica, pero no claramente delineados en su papel y relación con la construcción-destrucción en la ciudad de hoy. Muy pocas son las sociedades actuales en las que realmente existan testimonios de la incorporación de los principios de un funcionalismo actualizado al hábito de su actividad edificatoria, a no ser que se confundan progresiva y perversamente, sus proposiciones de ideal sus connotaciones metodológicas, o su actitud ante el diseño con una vulgar adaptación burguesa de la arquitectura de consumo, con la rutinaria burocratización del método de planeamiento urbano aceptado administrativamente, o con la sustitución de diseño por la aplicación estandarizada del blue-print, del estilo internacional (3).

Indudablemente las dificultades para continuar el camino emprendido a comienzos de siglo dentro de la problemática de la posguerra, son obvias. La reconstrucción acelerada de la ciudad unida a la concentración urbana masiva produjo en la administración decisoria un inmediato deseo de eficiencia, medida en términos de rapidez y equidad paternalista, no compatible con el esfuerzo de investigación que suponía traducir a «principios de orden y de acción», en términos de Panofsky, una mentalidad vanguardista aún no asentada.

La construcción acelerada de anti-ciudad podría ser más acertadamente achacable, sin duda, a la aceleración de fenómenos sociales que a la aplicación indiscriminada del patrón funcionalista. Negarlo sería ignorar la presión que sobre los actores en el diseño, producción y uso de la ciudad ejerce el modelo político dominante caracterizado por el establecimiento metódico de ciclos de reproducción de plusvalías autogeneradas por el monopolio en el proceso concentración-descentralización, y que hoy llega ya a su segunda ronda de renovación-remodelación del centro urbano, después de haber valorado y vendido ya la periferia. Habría que aclarar realmente hasta qué grado la arquitectura de uno y otro ciclo (en caricatura el modernismo y el pos-modernismo) han apoyado o no dicho proceso reproductor).

Pero, si en el campo reducido del diseño de arquitectura de élites donde el deseo de «superar» a los maestros del movimiento moderno, que clandestinamente ha regido, quieran reconocerlo o no, las vanguardias posmodernistas, el «fallo» del movimiento moderno podría

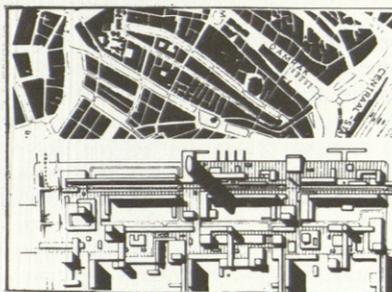
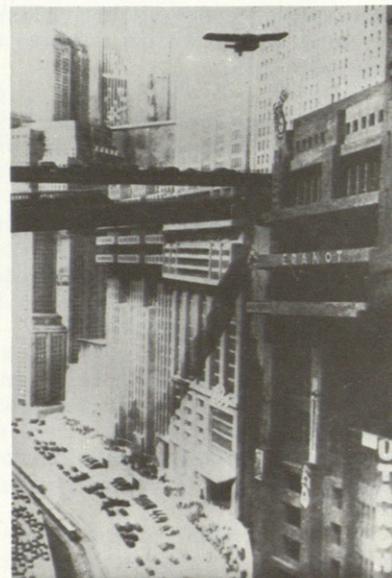
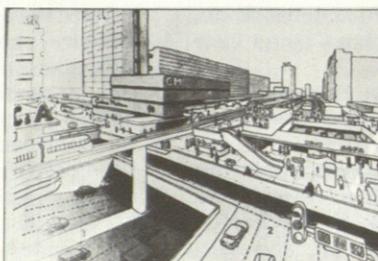
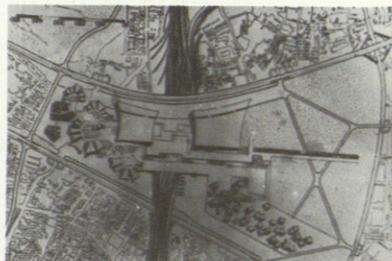
(1) *Este artículo recoge mi conferencia sobre «Neo-Funcionalismo en el Diseño Urbano», Escuela de Arquitectura de Sevilla, mayo 1979. El intento, al presentarlo de nuevo, es ofrecer un marco diferente al de las recientes críticas formalistas, que, en mi opinión están demostrando una patente debilidad cultural, si no ya una particular y arbitraria localización en la historia.*

(2) *Mario Gandelsonas, como muestrario de los «esotéricos», venía a resumir desde el santuario del Institute for Architecture and Urban Studies, y después en páginas y conferencias, la vieja rotura entre la arquitectura «cultura» (para ser dibujada, vista o residida por pocos) y la construcción de «consumo social». Frente al «neo racionalismo» de Rossi y el «neo-realismo» de los Five Architects, los problemas, postulados y soluciones «normales» desde USA al Tercer Mundo, carecían de interés (como cuando Ricardo Bofill insistía en que el problema de la vivienda es una simple coartada del desarrollismo). El propio Gandelsonas reconocería pronto la posibilidad de un neo-funcionalismo, más bien como otro ismo de vanguardia tal como fue entonces descrito, como «base dialéctica» para la arquitectura. Trato de insistir en este artículo en que el funcionalismo, como filosofía, es esencialmente extra-arquitectónico, se mueve en el mundo de la moral y de que su continuidad histórica en la arquitectura está precisamente en relacionarlo con el todo social.*

(3) *La «Tendenza», cuyo grado de neo-racionalidad será necesario demostrar algún día, me parece un ejemplo claro de esta ética dudosa. Frente a «razonamientos» básicos correctos («La Arquitectura de la ciudad»), ofrece imágenes literarias para la arquitectura de verdad (una bella ciudad de cartón-piedra) o proyectos de difícil defensa ante calificaciones de insospechadas simetrías, lenguajes y fórmulas de clara herencia dictatorial (pero ausentes al menos de la coherencia interna fascista y su calidad de diseño).*

(4) *Gran parte de estas actitudes se deben a un patente complejo de desconocer la evolución de las ciencias socia-*

Francisco F. Longoria



identificarse con justificaciones culturales o creativas, en el más amplio espectro del diseño social, o del diseño urbano (como designio de sistemas urbanos) el rechazo del funcionalismo parece más laborioso, conlleva más superficialidad en la crítica o connota razonamientos socio-políticos cuya falta de ética sólo podría justificarse por la ignorancia (4).

Desde la triple perspectiva que hemos planteado como concepción del diseño urbano, aceptada como disciplina aún no consolidada de «proposición de ideal», de «instrumento en el proceso de planificación» y de «actitud constructora del artefacto cotidiano», la aceptación o rechazo actual del «funcionalismo» no me parece tan evidente, especialmente dentro de críticas en las que se incluya una valoración moralista.

Manifiestos y proposiciones sociales

Suponiendo que fuera posible generalizar invariantes en la amplia gama de manifiestos de principios del siglo, desde los más rotundos del futurismo o dadaísmo, los menos explícitos del constructivismo o el organicismo, su contraposición, por ejemplo, con las más recientes metas positivistas Rousseauianas de la tecnología alternativa poco tienen que ver con una seria valoración moral del funcionalismo o del manierismo. Y menos aún con la ética del comportamiento profesional ante la dialéctica «construcción de anticuidad-destrucción de ciudad» en que hemos resumido el ciclo reproductor actual de la ciudad occidental.

La arquitectura manifestante de L'Esprit Nouveau ha sido rechazada antes de entenderse, o extenderse, como fenómeno social y en base al resultado de su continente más que por su propio contenido. Las acusaciones de posible monotonía (estilo internacional) irrealidad o au-

toritarismo han sido hechas a una arquitectura de consumo en la que la asociación capital-arquitectos monopolizó la apropiación del nuevo estilo.

Por el contrario, la postura «manierista» parece en su trasfondo como un nuevo «maquinismo» (otra vez el rechazo a la máquina). Bien es verdad que la reacción laboral primitiva y su generalización en la confrontación humanismo-tecnología ha cristalizado con la mayor claridad en la arquitectura de la ciudad desde la revolución industrial, en posiciones antitéticas. En los dos extremos del espectro social, la inteligentzia o el laboralismo parecen rechazar el producto de ciudad moderna. El slogan de que la ciudad moderna es un arma destructora del hombre surge no sólo en la más reciente lucha de la reivindicación ciudadana sino en la clásica reticencia del intelectual contra la ciudad.

Y si bien es verdad que han aparecido razonamientos aportados por las ciencias sociales respecto a la falta de respuesta de esta nueva anti-ciudad a las dimensiones de lo humano (individualidad-gregarismo, anonimato-interacción) se están manejando series de inferencias de dudosa verificación. Ni la vuelta a la naturaleza del movimiento «garden-city», o la nueva versión del «small is beautiful» de la contracultura establecida con la denuncia de una arquitectura alternativa, suponen un análisis o rechazo del funcionalismo en sí, sino de la ciudad capitalista sujeta a los fenómenos de acumulación de poder, decisión y capital en el espacio central urbano o su dominio sobre las «periferias» (incluso interiores a la ciudad, en que se han segregado las culturas colonizadas). Es de temer que el impacto en estos rechazos de la crítica, o la contracultura arquitectónica, si no desciende al auténtico campo de batalla quedará (ya ha quedado) como irrisoria muestra de la psicopatía de una clase social irrelevante: los que mercantilizan su propia moda arquitectónica. Porque es evidente que ni esta

les, y me atrevería a decir, de la incipiente ciencia urbana como correlación espacial de aquéllas. El terror del arquitecto como clase se enfoca así en dos direcciones: evitar el esfuerzo de conocimientos exteriores a la propia especificidad de su disciplina, y evitar el contraste moral que sólo puede proporcionar un coherente encuadre cultural, es decir, un test de validez multidimensional.

(5) *La inferencia de que o por una parte existe en el conjunto social un rechazo total «furia... y en todo caso desacuerdo», «incluyendo la violenta tormenta de la Bauhaus en la Alemania de Hitler...» (C. Jencks) o por otra un deseo por los nuevos artistas de superar a los viejos maestros, y ambas cosas suponen necesariamente el «gran fracaso» de la Arquitectura Moderna, (discusión sobre el Lincoln Centre en N. York), es una retórica falaz, probablemente reaccionaria y que en todo caso confunde el rigor inicial del movimiento con resultados desafortunados, y presupone una necesaria causalidad del funcionalismo con ejemplos modernistas desencuadrados de su filosofía, o simplemente faltos de calidad.*

(6) *La falta de rigor metodológico, cuando más se presume de ello, (como en los pretendidos exhaustivos análisis tipológicos de ambos Krier) recuerda a*

Moralidad postmodernista y ética de un nuevo funcionamiento en el diseño de la ciudad

crítica, ni sus tendencias, han elaborado ni debatido una aceptable evaluación del artefacto urbano como complejo social (5).

Tampoco está dimensionado el contraefecto de las propuestas del maquinismo manierista en la práctica de la construcción del entorno social. El fracaso de la prefabricación, por ejemplo, por falta de aceptación laboral es más una defensa estratégica que un convencimiento proyectual. El rechazo de la tecnología, sin una evaluación medianamente aceptable de los costos del «salto atrás» no puede justificar estos nihilismos actuales de ciertas élites que la acusan como la «gran fuerza dañina» en la arquitectura de hoy.

Más aún, el «historicismo» de la última década ha seguido sin entender las premisas básicas para el auténtico esfuerzo de re-inventar una ciudad rehumanizada a partir de la ciudad histórica, pero donde (por que no) tecnología y postulados de la arquitectura moderna podrían tener lugar (Carpenter Center) (Universidad de Yale).

Cualquier crítica, medianamente consciente de los procesos sociales y de su impacto en la construcción y uso del medio urbano, arquitectura incluida, debería tener claro que el funcionalismo no necesariamente coincide, como doctrina, con el modernismo que hemos visto construido, ni exige la adopción clásica del principio desarrollista. La cadena que parece ligar necesariamente el proceso en las sociedades dominantes de alta concentración de capital y su adopción voluntaria o colonizada por procesos de difusión controlados, a que tan fácilmente recurre esta crítica, no ha sido esgrimida por una teoría del funcionalismo económico sino por una praxis de la política económica, y exige por tanto un salto a disquisiciones morales, más que formalistas (6).

La crítica «a la mode» de la arquitectura funcionalista y su supuesta ciudad resultante adolece del mismo defecto. Se ha confundido la teoría con la práctica en un momento histórico en que no pueden estar más alejadas. Se ha inferido que modificaciones físico-espaciales se traducirán necesariamente en mejoras del comportamiento social, cuando de hecho sólo existe una evidencia contraria: que el deterioro social supone grados detectables de deterioro ambiental. No es posible por tanto asumir sin más una «redención social» a través de la arquitectura de la ciudad.

La afirmación, propia de la pseudociencia ambiental (donde se confunden criterios ecologistas, ignorancias historicistas o petulancias académicas), de que la densificación y edificación en altura supone automáticamente deformaciones patológicas, simplemente carece de evidencia y, en cualquier caso, arremetería más contra la práctica de la aceptación del proceso de densificación, como resultado del retraso en la producción de estructura urbana que cataliza las plusvalías, que contra una visión funcionalista que, basada en imperativos de la estructura, pudiera haber justificado una necesaria densificación como requisito de lo urbano, como exigencia psíquica, logística, económica o antropológica de la ciudad (7).

La contraposición de la ciudad como «máquina de habitar» como ideal racionalista con la ciudad como «escenario literario», de fijación del «locus» de actividad, es como mínimo un error metodológico, sino una falacia grave del manierismo a la moda, o una muestra de su descompromiso, sencillamente porque no son valores para los que existan instrumentos afinados de medición. Ambos extremos, la vanguardia tecnológica de los años 20 y la vanguardia manierista actual, están anteponiendo sus propios criterios o valores para variables diferentes, pero con métodos y postulados similares.

La ciudad como «máquina de habitar» no se ha construido volitivamente, aunque la ciudad histórica sea precisamente (nadie que no sea un «promotor» se atrevería a dudarlo), la que mejor se ajuste a esta coherencia mecánica al cumplir requisitos básicos de integración cultural. Pedirle al movimiento moderno esta coherencia es ignorar connotaciones históricas más poderosas que las que argumenta la historiografía esteticista.

Pero en el otro extremo, y a pesar del esfuerzo de los «santones», la ciudad como «escenario ilusorio» puro tampoco ha sido ni proyectada seriamente por ellos ni posible en su edificación. Porque, como se ha argumentado en la disquisición semiótica, si los grandes sistemas simbólicos de la ciudad histórica constituyen iconografías ya codificadas, y, en determinados momentos, excepcionales ha existido esta coincidencia iconografía-función, esto no significa, como asume el manierismo que puedan alcanzarse significados con la simple proyectación a través de léxicos simbólicos conocidos. Estos modelos sólo podrían ajustarse, mediante la precisión de sus parámetros de aceptación o significado social (y todo ello en un proceso de cambio).

Ni siquiera el grado de aceptación o rechazo por la mayoría, el «proletariado urbano» dominado y receptor principal del contenido de la ciudad moderna, no es un indicador metodológicamente válido en un mercado de escasez, tanto de la ciudad como artefacto infraestructural como de la ciudad como significado ilusorio.

Del mismo modo que los barrios-dormitorio son «tomados» en la práctica para su posterior «contestación», los grandes símbolos de la modernización son testados antes de su rechazo. El suburbio (nuevas ciudades o levitt-towns) aparecía como el lugar simbólico de lo moderno, antes de que haya sido comprobado posteriormente como el mejor ejemplo de anti-ciudad.

En el otro extremo, la aceptación o rechazo de estos modelos por la minoría (dominante) actora principal, directa o indirectamente a través del Estado, en el proceso productor del continente urbano capitalista, no presenta valor contrastado.

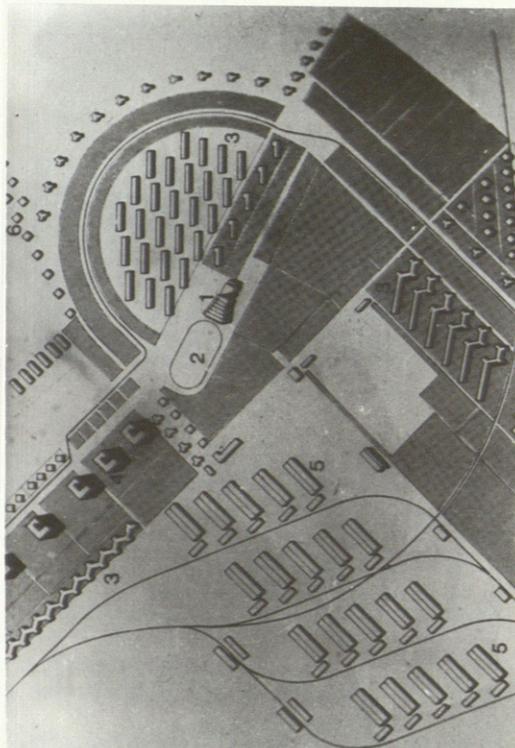
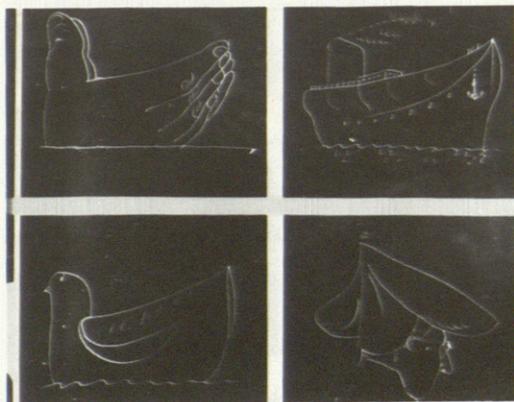
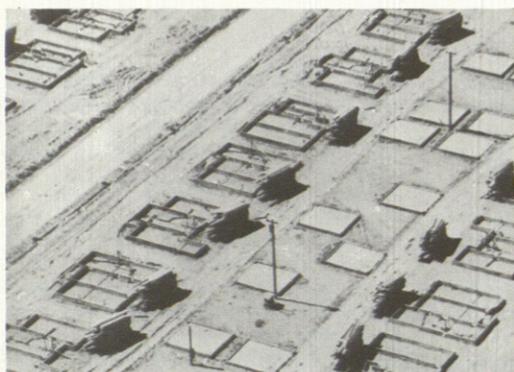
Pero también, y en analogía válida los actores que pretenden monopolizar la verdad absoluta del diseño posmodernista (los revivals manieristas) o los que pretenden especular con la verdad relativa de la oferta de anti-ciudad (los promotores) pueden tener razón al rechazar ambos sistemáticamente algo que el funcionalismo encarna como método: la realidad de que cualquiera de estas dos proposiciones no es más que una

algunos de nuestros mejores arquitectos superdotados para aceptar y desarrollar bien «mil soluciones para un problema» pero incapacitados para una búsqueda tenaz de una solución coherente con el medio, «mil problemas para una solución». Es en este sentido en el que los comentarios de Solá al malabarismo del pseudo-bloque de Krier y sus estudiantes parece lamentablemente corto, precisamente desde su propia perspectiva urbana (cualquier alumno serio sabría que una malla de 23 x 23 m es simplemente un batallón de edificios «torre» o «haches» donde por mucho que se los disfrace de epidermis vanguardista, las más elementales condiciones de respuesta a accesos, soleamiento o privacidad, son impunemente ignoradas).

Las representaciones oníricas del Manhattan dibujado (todo vale, rascacielos haciendo el amor) parecerían un hobby divertido con tal de que nunca sean construidas ni imitadas (no sólo por los alumnos).

(7) La neurosis de una clase de arquitectos comprometidos y su deseo insatisfecho de dominio conduce a auténticos collages entre teoría y praxis. Desde esta perspectiva el radicalismo válido de los operadores «oportunistas» (Culot) sería mucho más convincente revelado como auténtica postura partidista en la lucha ciudadana que como bagage intelectualizado, presentado como realismo idealizado.

(8) Políticos, usuarios comprometidos, estudiantes o amas de casa podrían ser citados como testigos de la inhibición de la élite diseñadora en el conflicto ciudadano. Entre tanta literatura producida pocos son los debates que no puedan calificarse de partidistas. ¿Dónde ha quedado esta discusión en las Escuelas? ¿De qué medios, (caligrafía, nuevo academicismo compositivo, historicismo estilista) se han valido estas élites para evadir la lucha cuerpo a cuerpo? Es dudoso que pueda surgir de los que sólo predicaban la Arquitectura con mayúsculas (por lo visto, la de aquellos que afirman que si tuvieran un hijo tonto lo dedicarían al urbanismo). ¿Con qué talante responderían a semejante coartada los que se han visto obligados a pagar y usar la anticiedad, o los que ideológicamente impulsados vienen luchando por un nuevo modo de producir y consumir los equipamientos comunitarios no mercantilizables?



muestra de la conflagración hoy inevitable en el conflicto generado por la producción y el uso de la ciudad. En cierto modo ésta es quizá una de las manifestaciones más palpables de la dudosa moralidad del posmodernismo: el «eclecticismo», que sospechosamente es adoptado por ambas minorías, la élite manierista y la élite de los promotores (8).

El reconocimiento del valor práctico de soluciones internamente coherentes pero contradictorias en tiempo y espacio, que podría suponer la re-inventación funcionalista de la ciudad ya construida, nada tiene que ver con la aceptación de la incoherencia con base en la ambigüedad del manierismo post-Venturi, o del dictatorial pseudo racionalismo post-Rossi, sobre todo desde una dimensión de responsabilidad en las decisiones sobre lo urbano.

En este esfuerzo sintético casi imposible por la dispersión actual del pensamiento y la acción, distinguiría dos corrientes que aparecen en mi opinión más explícitas en las construcciones de la ciudad que en los problemas del diseño de los objetos.

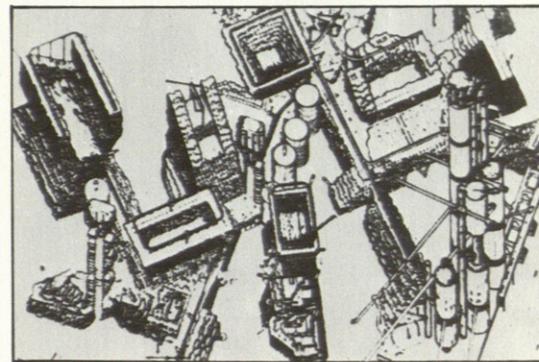
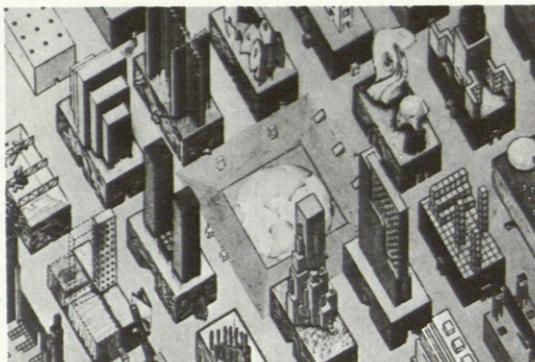
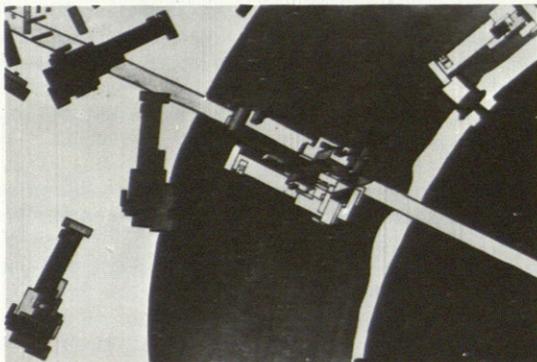
El Pragmatismo negativista

Por una parte el pragmatismo con que se plantea el uso de la ciudad, y que se configura como una acción básicamente negativa. El usuario como participador de un proceso de «arte comprometido» niega el producto de la ciudad contemporánea. ¿Cuáles son los límites de esta negación? En el campo del rechazo, la movilización ciudadana contra el producto monstruoso que asimila de modo automatizado al proceso de producción.

Pero, lo que en el campo de la acción ciudadana parece una irreprochable transparencia del hecho básico de que el planeamiento urbano es hoy, ante todo, un método de resolución de conflictos ideológicamente irreconciliables, exigiría en el campo doctrinal o de la crítica un tratamiento más formalizado. Se presenta un encadenamiento históricamente impreciso y moralmente injusto. Relacionar sin más el Movimiento Moderno y la acción decidida de construir la ciudad dentro de aquel funcionalismo incipiente con su resultado como eslabón de cadenas: capital-gran industria-automóvil-muerte de la vida ciudadana, sería negar la evidencia de que los grandes promotores del capital apenas han necesitado ni utilizado la arquitectura de vanguardia ni sus manifestaciones urbanas.

Ante el rechazo de los «proyectos» de la ciudad moderna cabe resaltar entre los postulados básicos de una quizá ingenua ética del planeamiento el de que el conflicto urbano es ante todo una agregación de problemas humanos, al que la lucha por el espacio añade tan sólo una nueva dimensión. La traslación espacial de la lucha de clases a la reivindicación contra la segregación o el control cuidadoso del Estado en la provisión de equipamiento como instrumento de poder, o la aceptación de una denuncia formal al funcionalismo moderno en cuanto significa de positivismo metodológico, y de proyecto constructivo asociado al «desarrollismo»,

Moralidad postmodernista y ética de un nuevo funcionamiento en el diseño de la ciudad



al control manipulante del entorno por la clase dominante a través del diseño, o al colaboracionismo del técnico con los grandes responsables de la decisión urbana de las posguerras, supondría crear una expectativa difícil de cumplir, al asumir que la simple rotura del sistema actual de producción, o el simple rechazo del movimiento moderno, van a resolver problemas exteriores a nivel normativo o al físico. Puesto que parece claro que el puente en el que el diseño urbano adquiere relevancia es precisamente el del paso de la organización funcional (la producción, el intercambio, el ocio) a la «organización de funciones en el espacio»: (su localización, la disponibilidad de suelo, los flujos, la relación del equipamiento a su espacio de servicio social).

Existe una sospechosa coincidencia entre razones de peso en el conflicto político para la re-utilización de la ciudad heredada, la re-inención de la verdadera ciudad, la históricamente «compuesta» en el tiempo; y razones más débiles de la vanguardia manierista para la que el «object trouvé» de la ciudad constituye la base para un ejercicio de composición esteticista, cumpliendo la doble misión de facilitar una creatividad restringida, y por lo tanto de menor grado de responsabilidad (el miedo al papel blanco del artista de Camus), y la de aportar un lenguaje ya configurado cuya interpretación semiológica esté «garantizada» con fórmulas prestadas de circunstancias anacrónicas. ¿Sería mucho solicitar a los taumaturgos del neoracionalismo y el neorealismo una aclaración creíble a esta interrogante moral? (9).

Un serio planteamiento del «diseño urbano alternativo» debería asimismo aportar pruebas de cómo modelos sociales restringidos (comuna rural) van a poder plasmarse en tejidos urbanos radicales, que puedan por sí mismos vencer las aplastantes «inercias» de la amortización del capital invertido, del desfase entre el avance tecnológico y el estancamiento cultural, o la congelación burocrática de normas y hábitos, sobre los que sólo se puede incidir desde prismas social y políticamente enérgicos.

Otro conjunto de actores ya calificados como nuevos utopistas del positivismo (Boguslaw), han tratado de desarrollar los postulados básicos del Movimiento Mo-

dermo, a partir de una actitud funcionalista, revitalizada por el estructuralismo, ofreciendo una nueva utopía, revitalizada por el estructuralismo, ofreciendo una nueva utopía: la eutopía que optimice valores cotidianos, como la definía Bertrand de Jouvenal.

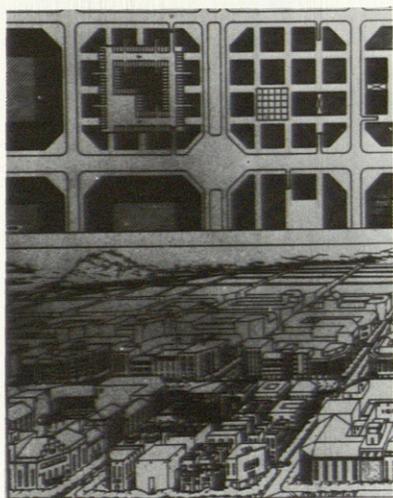
En la concepción utópica tradicional se desarrollan estructuras sociales y políticas integradas, se establece un lugar y un tiempo, una historia o accidente y se propone una teoría artística (literaria, moral o espacial) coherente con los principios anteriores (Manheim, etcétera) (10).

El funcionalismo eu-topista pone su énfasis en un factor que habrá de considerarse esencial: el de la correlación temporal, la existencia de un antes y un después, y los fenómenos de permanencia y sustitución (o superposición) básicos en la formalización del diseño urbano como disciplina. El factor temporal como oportunidad de prueba y error, rechazo o aceptación añade así la pretendida dimensión moral. La intencionalidad artística queda relegada no a un esbozo «composicionista» (cerrado) sino a la trascendentalización de las manifestaciones de la vida social, creciendo desde el nivel individual al colectivo (como el mismo Rossi propondría, aunque no precisamente en sus proyectos) y originando desarrollos imprevistos en el tiempo. Es el contenido temporalizado el que permite que «más que las otras obras de arte la ciudad se sitúe entre el elemento natural y el artificial objeto de la naturaleza y sujeto de la cultura», lo que en la concepción cultural de Levi Strauss no viene a ser más que una afirmación de moralidad en la que coincidirían los textos básicos y la evidencia de Goodenough y un buen número de las nuevas concepciones de la antropología.

Frente al funcionalismo ingenuo de la Carta de Atenas (y no se debería ya ni hablar de ella) se plantea la permanencia de hechos urbanos (arquetipos) en los que la función ha cambiado en el tiempo, o para los que no existen hoy funciones específicas (han superado su función). Insistir en que el «estilo urbano» viene definido por la semiología de los monumentos singulares persistentes es como volver otra vez a Fustel de Coulanges, Poète o Lavedan.

El análisis de este posible «nuevo funcionalismo» en

(9) *Semejante debate exigiría al menos dos niveles de discusión. En primer lugar, el de la «involución». Traducir sin más las apocalípticas predicciones del Club de Roma y las estrategias del crecimiento cero a posturas contrarias a cualquier edificación nueva es o una ingenuidad historicista o un obcecado plan de congelación del desarrollo capitalista en la cadena nueva construcción-arquitectura moderna-monopolio capitalista. Los verdaderos costos de la rehabilitación del patrimonio histórico o central de la ciudad no han sido analizados en términos de inversión (tiempo requerido, dificultad de reurbanización y reequipamiento, etc.). La reinención de la ciudad históricamente consolidada es algo más complejo que la simple congelación involutiva y desde luego, menos arquitectónica que simples catálogos de preservación. En segundo lugar el de la sustitución de la arquitectura construida por la palabra y el dibujo. Coetáneamente con la interrupción de la actividad edificatoria desde 1973 y apoyados en el razonamiento anterior el poder movilizador de los manifiestos y los símbolos ha sustituido a la tarea de mejora del entorno, de construir una ciudad mejor (en centro y periferia, o es que Leganés debe ser abandonado en el afán historicista) Gurus de la palabra y cartonistas de la axonométrica se niegan a la acción social y construcción de la ciudad. Sus coartadas teorísticas, esteticistas o pseudo políticas deberían ser contrastadas con la auténtica necesidad de mejorar el patrimonio de vivienda, dotar de nuevos equipamientos, incrementar las infraestructuras, crear nuevos espacios verdes y ello tanto en la ciudad histórica como en los dormitorios-isla de postguerra, la más seria política urbana de «izquierdas» al menos parece ya entenderlo así, aunque en ningún modo pueda esta actitud justificar un «abandonismo» en el diseño o su frecuente pésima calidad en los*



el campo de lo urbano exige de una vez por todas la superación de la pugna forma-función, y su sustitución por la temporalidad de la «función social» reconociendo un conjunto de condicionantes, y entre ellos como postulados básicos más significativos:

- La construcción de la ciudad está condicionada por el marco institucional. No existe diseño de ciudad independiente de posiciones respecto al derecho de propiedad, el bien común y el *ius aedificandi* privado, el intervencionismo del Estado, la legislación formalizada o la organización administrativa.
- Las actuaciones en el diseño físico-espacial pueden influir en los aspectos culturales o normativos (semántica, hábitos) o en los organizativos (intercambio de bienes y servicios) pero difícilmente puede rebasar el marco de actuaciones que supongan cambios institucionales que permanecen como «inertes».
- Las explicaciones «funcionalistas» se centran en el desarrollo de la teoría espacial como avances doctrinales suficientemente explicativas de los procesos de cambio estructural y funcional en el marco próximo-pasado (liberal capitalista) y espontáneas a partir de las fuerzas de su sistema de producción.
- Un nuevo diseño «funcionalista» debería partir de una política de planeamiento basada en estos aspectos sustantivos de los procesos espontáneos de la dinámica urbana, y la capacidad de intervención en ellos.
- Existen por tanto procesos específicos, especialmente de organización funcional sobre el espacio (teorías de localización, obsolescencia y depreciación, sustitución o invasión-sucesión), sin cuyo conocimiento no puede valorarse otra «especificidad propia» en la arquitectura de la ciudad.
- El diseño de un «principio ordenador» se basa finalmente en el establecimiento de criterios para la evaluación de los objetivos contradictorios y en conflicto, problema básico en la nueva construcción de anti-ciudad frente a la destrucción de ciudad-histórica.
- La evaluación del costo-beneficio social de la intervención en la ciudad implica la funcionalización de valores intangibles (hábitos del homo no-económico) lo que sólo es viable (sin método consolidado) a través de la intervención del Estado que supere la falta de esta funcionalización por medio del rescate de estos valores en función de la «utilidad global».

La Rehumanización del diseño funcionalista

Es necesario reconocer que esta hipótesis del nuevo funcionalismo en que las dimensiones significativas de lo humano a que nos hemos referido (identificación, individualidad, gregarismo) y sus conflictos con las colectivizadas (sistema de apropiación de valores, organiza-

ción de funciones) pueden parecer más una postura basada en deducciones de un álgebra mental de variables incompatibles, que en una realidad probada como posible para el diseñador. Sin embargo, en ellas están las trazas de tendencias ideológicas y metodológicas en que se han ido transfiriendo aprendizajes del tratamiento multidimensional de la ciudad y de su rotura multiespacial. La discusión se traslada a cuestionar el que las ciencias modernas sociales u operacionales han ido perfeccionando, aunque incipientemente, su conocimiento sobre algunos de los procesos urbanos, al mismo tiempo que la comparación entre las escalas del objeto diseñado, del entorno urbano y del territorio regional han proporcionado posibilidades de modelación que, se está comprobando, pueden ser similares a los tres niveles no sólo en cuanto a método sino también en cuanto a doctrina (teorías de jerarquía urbana aplicada al interior de la ciudad, análisis del proceso de innovación-difusión, y sobre todo teorías comportamentistas). Probablemente éste es el techo al que han llegado las pretensiones de las últimas dos décadas, al asumir que sería posible traducir el conocimiento de las ciencias del espacio social y económico a principios ordenadores del diseño.

También es cierto que la modelación estructuralista se ha movido hasta ahora dentro de un campo excesivamente empírico, como «filosofía sin sujeto» que permite analizar lo constituido con independencia del constituyente esencial, es decir sin su contraste moral.

¿Es lícito planificar a partir de sistemas analíticos cuya propia complejidad les sitúa en un campo de nadie frente al conflicto de objetivos y la toma de decisiones inmediatas? Contestar, supondría poseer una visión clara del papel del diseñador, su capacidad epistemológica, o la moralidad del compromiso con sus propios valores (de tecnócrata de clase media) o los de su compromiso político como militante (de clase media también).

que hace dos décadas prometían obtener campos de certeza para el diseño de la ciudad, sabemos hoy que ni son suficientemente complejas como para evitar la necesidad de eliminar la mayoría de las ecuaciones no cuantificables del sistema social ni permiten tratar un conjunto humano que no sea «economicus» (como reconoce el propio Alonso). Luego, sencillamente, quedan aparcadas en tierra de nadie (academia).

¿Es posible entonces recaer en un nuevo funcionalismo aún más aséptico en el que la propia sociedad sea considerada como caja negra?

La realidad actual del desarrollo de estos métodos vuelve a plantear un problema moral, que sólo una auténtica actitud política puede resolver. De hecho, como hemos podido analizar en el esfuerzo político de revitalización de los Centros Urbanos, las acciones han ido ascendiendo hacia estas dimensiones de lo humano, partiendo de la ingeniería higienista inicial, la zonificación como ideal de optimización de la estructura en los años 40 y la modelación más avanzada con el contraste de los movimientos sociales, en la década de los 60. Más largo sería descubrir las auténticas interrelaciones entre el movimiento historicista de los 70, como paso

Moralidad postmodernista y ética de un nuevo funcionamiento en el diseño de la ciudad

positivo pero en general ignorante hacia esa re-humanización y objetivos de estrategias soterradas de políticas multinacionales partidistas.

¿Hasta qué punto el funcionalismo clásico ha cumplido estos requisitos morales?

Evidentemente los que cabría calificar como metodólogos neofuncionalistas, el incrementalismo ya clásico de Hirschman, el más sugerente de Lindblom, o el menos fiable de la tecnocracia de Forrester, tendrían mucho que opinar respecto al intento sintético no ya del Movimiento Moderno como método proyectual, sino de su propia concepción simplificada de lo que en modo alguno podía entonces calificarse como ciencia urbana.

Tampoco parece que los esfuerzos más próximos a la metodología del diseño (Alexander, Broadbent, Ward, o Newmann) hayan superado su propio contenido para ofrecer debates en el proceso crítico de la evaluación.

El contenido moral del funcionalismo clásico

La premisa básica de que la «forma debe seguir a la función», como argumento ético del movimiento Moderno, no es más que una simplificación simbólica de una discusión más amplia del «valor de uso», de los conceptos de «utilidad» y del papel que en él puede haber a la creación artística, tecnológica o estética. «Función, adecuación, utilidad y finalidad» son términos cuyo significado ha sido, una variable constante en la historia de la filosofía (como muestra en su recorrido histórico De Zurko o toma como punto de partida D. Watkin). La concepción sintética en la doctrina moderna clásica de «utilidad perfecta y pura» subraya la tendencia funcional implícita en todo proceso creador del entorno pero no resuelve la dialéctica que surge de inmediato con las nuevas interpretaciones de la «estética». En esta simplificación, las teorías clásicas del funcionalismo en la arquitectura y el diseño de la ciudad hicieron de la estricta adaptación de la «forma» a la «finalidad» el principio rector básico del diseño.

Contemplado así, existe una necesaria ampliación del concepto clásico de funcionalismo que abarcaría prácticamente todos los ismos figurativos del movimiento moderno, desde el «racionalismo» en sus interpretaciones más diversas, hasta el «organicismo» y su herencia apenas iniciada por la doctrina «comportamentista» en la arquitectura orientada a la conducta frente al uso de lo edificado y sus ensayos espaciales de aceptación o rechazo.

La oposición se debe centrar por tanto entre términos más opuestos de «arquitectura funcionalista» y «arquitectura compositiva» entendiendo básicamente la primera como resultado de la valoración de una «función objetiva» y la segunda de una «función subjetivizada».

Si bien en su origen la arquitectura del Movimiento Moderno tomó como objetivo básico de su revolución el de su «función social» (Taut Lurçat...) el estilo «moderno» y «funcionalista» han sido después asociados entre sí sin mayor distinción no sólo en términos de vulgarización sino por críticos clásicos (Sartoris,

Zevi...). En la defensa original del funcionalismo, podría decirse (siguiendo a De Zurko) que razón y política se funden en analogías comparativas del mundo arquitectónico con el de las máquinas, la naturaleza y la ética (11).

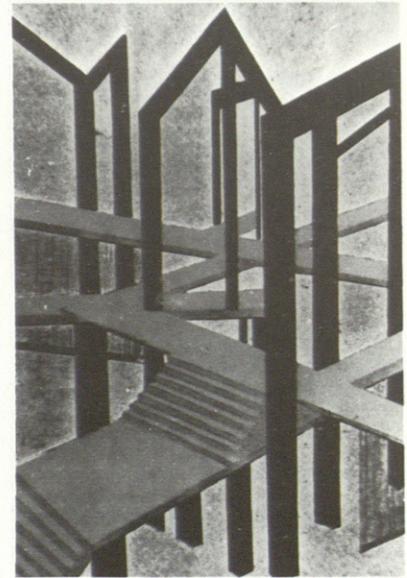
La ciudad pasa, más que el edificio, a ser la supermáquina funcional del modernismo, y es por eso que en un intento desesperado son estos mismos arquitectos quienes tratan de contraponer este mecanismo con la revalorización de la naturaleza. Es el mismo Le Corbusier quien ofrece la contraposición «máquina de habitar»-«juego de los volúmenes bajo la luz», dialéctica que adquiere una dimensión moral y política en donde la paradoja de la ciudad moderna, máquina de reproducción de plusvalías, máquina de creación de economías de aglomeración, máquina de accesibilidad, máquina administrativa de apropiación y uso del suelo, adquiere una multivalencia que por propia definición destruye la capacidad de creación diseñada de un mecanismo eficiente. En términos de simplicidad, el diseño del objeto puede ser quizá más «mecánico», cuanto menor es la escala de utilización colectiva, o su valoración simbólica (la pluma de escribir vs la máquina, vs la computadora que crea su propia estética) al mismo tiempo que va siendo moralmente más responsable en el paso del objeto al espacio de la ciudad.

En esta perspectiva moral, funcionalismo y organicismo clásicos alcanzan un parentesco más íntimo desde una visión filosófica que formal en la ciudad a partir de teorías biológicas de los siglos XVIII y XIX, cristalizada en el movimiento evolucionista. Mientras que la arquitectura trata de «imitar» los aspectos relacionales (estructurales) entre las partes y el todo, y se toman realmente más los principios de organización de los objetos por encima de sus formas, el lema del «organismo vivo» es más fácilmente aplicado al ritmo temporal de la organización funcional de la ciudad que al ritmo compositivo (parte y todo) del objeto arquitectónico.

¿Cuál es la relación entre este movimiento «organicista» y un más profundo esfuerzo iniciado por los comportamentistas? Parece poco desarrollada hasta el momento. El organicismo formal proviene de analogías, deducciones e inferencias frente a la «naturaleza» en general. El comportamentismo surge casi en el extremo opuesto de un empirismo mental a partir del psicoanálisis y su generalización. Pero es preciso reconocer que el paso de teorías generalistas a la clínica analítica no es precisamente una tarea sencilla. El behaviourismo a través de «análisis situacionales» o de «territorialidad personalizada» ha servido sin duda para esclarecer el concepto de «espacio virtual» que analizamos como básico en la aplicación funcionalista más avanzada.

La ética del funcionalismo urbano

La ética del funcionalismo, adquiere una significación especial en el diseño de la ciudad. La «Honradez de la



ejemplos movidos por la «participación ciudadana».

(10) *Menciono la utopía como ejemplo último del positivismo del diseño urbano en cuanto a que responde al menos, a estos tres requisitos de la construcción de la ciudad: la continuidad y permanencia espacial aceptando todos los elementos que confluyen sobre el territorio; la dinámica procesual en que existen elementos generadores del proceso urbano (la jerarquía social en la Isla Amaurota de la utopía de Moro); y la intencionalidad estética. Y lo hago porque creo que aquí es bien evidente, de nuevo, la diferencia de moralidad entre la utopía clásica y las coartadas literarias de la «tendencia».*

(11) *La analogía mecánica parte del deslumbramiento por la supuesta perfección y eficiencia de las máquinas. La estética de la ingeniería es contrapuesta al eclecticismo culturalista de la arquitectura anterior (Taut, Van de Velde, Behrendt). Esto se hace más plausible en la ciudad, obra tradicional en cuanto a decisión constructiva de la ingeniería viaria, topográfica o sanitaria. Los trazados reguladores abandonan la concepción perceptual de la calle para convertirse en auténticas mallas-analógicas en las que, por ejemplo, trata de asignarse el tráfico viario del mismo modo que se carga una red eléctrica mediante su capacidad y resistencia a los flujos.*

(12) *Proyectar un buen museo sin conocer quienes son los visitantes, de donde vienen o porqué, serían actitudes posibles en el movimiento moderno y en el posmodernismo, pero imposibles en un funcionalismo permanente, en el que el simple hecho de la existencia del museo sería objeto del proyecto (desde el Museo Louisiana, a las manifestaciones museísticas del continuo happening urbano). Malinowski contestaría: «El hecho cultural comienza a producirse cuando el interés individual se transforma en sistema público, general y transferible de esfuerzo organizado.» La distinción de los conductistas se basaría entre esta condición de abstracción y generalización de la cultura y el contexto somático en el que al desarrollarse ideas, actos y actitudes adquieren la dimensión de conduc-*

arquitectura», la crítica al ornamento, a la imitación, aparece constantemente en los manifiestos puristas desde Morris, Loos, Berlage o Van de Velde y quizá con menor grado de credibilidad en Wright o en Corbuser.

La ventura del Neoliberty italiano, la contradicción de Venturi, la arquitectura humorista del Kitch, o la simbólica de los neorevivals, como pasos marcados del posmodernismo, es al fin y al cabo coherente con la incoherencia de la segregación y el conflicto individual-colectivo.

Frente al hombre-organización, de los años 60, las escaleras de Venturi o Charles Moore son no sólo permisibles sino quizá reacciones inevitables. La casa (hogar) se convierte en refugio de inversión de valores. La dialéctica comunidad-privacidad se traduce, más que en principio generador de forma como intentaron los utopistas de la modelación (Alexander, Chermayeff) en base para la «licencia literaria». Es el espacio interior (privado) donde el escape relevante de la imagen simbólica parece éticamente más aceptable.

Establecer juicios morales globalizados en el mundo actual sería rechazar la riqueza que proporciona la superposición cultural o la ambigüedad. Pero existe una notable diferencia entre el planteamiento revivalista de Viollet Le Duc, quien exigía una nueva arquitectura cuya primera condición fuera la de hacer concordar la forma externa con la estructura: «los principios invariantes que son el sentimiento moral del arte»... el «respeto absoluto por la verdad», y los ejercicios formalistas de las dos tendencias más acusadas y quizá «famosas» del más discutible revival actual a que nos hemos referido.

Bastaría contrastar sus ejercicios caligráficos con el replanteo moralmente más serio de tres niveles claros de realización: la vanguardia alternativa, la ciencia ficción y la utopía.

El replanteamiento, aún autoritario, de un Kibutz (arquitectura militar) o de una comuna rural china (nuevo medievo) son más próximos a un neofuncionalismo actual que los ejercicios de extraña justificación moral del malabarismo en el bloque urbano de un Leo Krier.

Creo indudablemente que el aprendizaje de estas «pequeñas sociedades» puede ser básico hacia un replanteamiento del espacio urbano más complejo, en donde quizá la intuición del artista como «observador», aporte un nuevo contenido moral a la arquitectura de la ciudad (lo que no signifique que pueda designarla con simples dibujos axonómicos a la moda).

No parece casual que estas disquisiciones hayan adquirido un nivel de debate sucesivo similar, no sólo en las ciencias del método sino en las de la síntesis cultural y en particular en la antropología moderna, en sus concepciones comprensivas del concepto de cultura.

La debatida cuestión en antropología sobre si son «las personas o la cultura las que hacen las cosas» es decir de hasta qué punto las acciones son simples actuaciones a impulsos personales o a interacciones «simboladas», tendría, en su traducción al espacio un muy

distinto nivel de certeza entre la creación del objeto de arquitectura y la historificación de la ciudad. La descripción de cualquier sistema de comportamiento socialmente significativo es ética en la medida en que se basa en elementos conceptuales que no son componentes de este sistema. Con mayor razón el «designio» (aunque sólo sea espacial y físico) del marco del comportamiento trasciende la dimensión interna de la técnica, o la estética, sólo cuando parte y busque referencias a significados sociales externos (12).

Es ahí donde falló, por simplicidad el funcionalismo en el Movimiento Moderno, y por irresponsabilidad donde parece más rechazable el actual postmodernismo. Y es por esto precisamente que los esfuerzos, al menos en el método, del diseño de la ciudad no han querido evitar el penetrar la laguna estigia que supone el paso entre los aspectos espaciales y los no espaciales de la estructura urbana, o lo que es lo mismo plantearse la posibilidad de traducir al espacio el conocimiento de la ciencia social, o lo que es lo mismo replantearse la auténtica capacidad de incidir (biunivocamente) entre el espacio construido y la conducta.

Es esta actitud la que, aún situando este esfuerzo en un camino doctrinal que hoy parece estancado, le proporcionaría una dimensión moral de que parecen carecer los nuevos «istmos figurativos» a la moda.

Dudo, que en esta perspectiva la élite arquitectónica (nuestra academia más dominante) pudiera confundir el esfuerzo distinto en el diseño de la ciudad con el ridiculizado acto burocrático administrativo, sino fuera por simple ignorancia o por la inmoralidad que conlleva la esquizofrenia del artista mediocre.

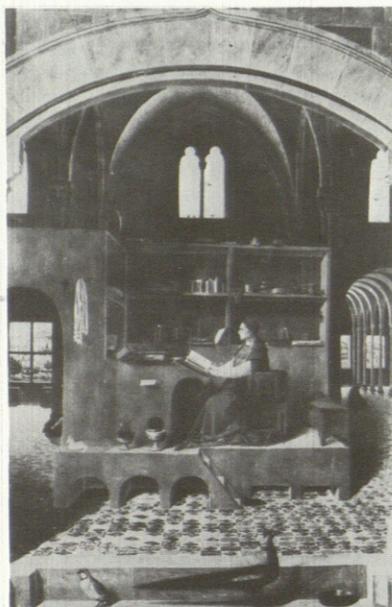
Antihistoricismo del nuevo funcionalismo

Tafuri en su recorrido al momento crítico del historicismo, asume, y demuestra, un auténtico rechazo de la historia por el movimiento moderno, un intento de extinción del pasado. ¿Seguiría esta postura en nuevo funcionalismo? Todos los movimientos de vanguardia, parten de un criterio metodológico sobre la creatividad: el intento artístico exige originalidad, rotura con lo existente, replantamiento radical de valores (13).

Si la arquitectura utilitarista no requiere trascendentalizarse al nivel de lo «artístico», tratado como epíteto peyorativo, cuando la forma es resultado de la complejidad vital la permanencia de los valores ya no puede ser aceptada. Las estructuras de la ciudad moderna y de la histórica parecen irreconciliables. Si bien la primera permanece como hipótesis (llena de objetivos) y la segunda como realidad (llena de objeciones).

Como analiza Tafuri, esto ha significado una doble actitud: en primer lugar los ejemplos históricos son considerados como modelos, presentan valores significativos, aunque no válidos en la actualidad, pero que exigen su replazamiento por planteamientos coherentes de objetos funcionales, de consumo tecnológico actual. Pero, en segundo lugar desde la valoración de la movili-

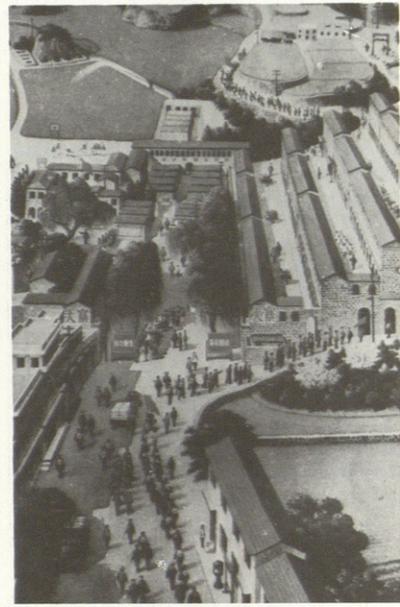
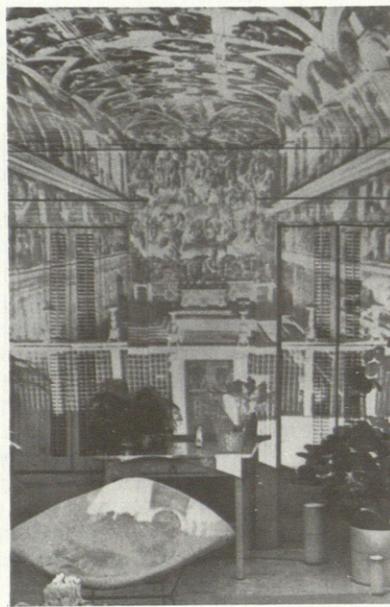
Moralidad postmodernista y ética de un nuevo funcionamiento en el diseño de la ciudad



tas, ... «dependientes en todo caso del acto de simbolizar» (White).

(13) Esta «extinción del pasado» en la que el presente «lo nuevo» y el futuro «lo posible» se elevan a rango de valor, implica que la «novedad» es irrevocable para el arte moderno. El tratamiento de los testimonios históricos de la ciudad que como mucho, pueden permanecer como «muestras-museos» y su mantenimiento como tejido utilizable eran un peligro para la capacidad de cambio, de mejora, de futuro, postulados básicos del movimiento moderno.

(14) Como dice Norberg Schulz «la palabra Arquitectura fue sistemáticamente evitada...» y aunque en la práctica estas intenciones fueron seguidas sólo en parte «la regularización de la arquitectura fue en principio lograda: ya no debería expresar sino funcionar». Rasgos constructivos pasan a su vez a ser «simbólicos»: volúmenes, vidrio, superficies, espacio como «extensión homogénea en todas las direcciones»... «El ideal era un espacio abierto uniforme, totalizador, un espacio sin secretos ni diferencias cualitativas»... La claridad y contacto con la realidad práctica no podría ser rechazados y, aunque tuvieron que ser superados un gran número de barreras emocionales, el «movimiento moderno» constituyó un auténtico éxito.



dad, como característica (incluso poética) propia de la nueva estructura del ciclo capitalista de reproducción, la inmovilidad, atemporalidad e inercia de los valores de permanencia de la ciudad antigua son vistos como un desafío peligroso a la urbanística moderna.

Frente a las propuestas modernistas de reducir a la calidad de museos estas muestras que en cierto modo representa una «historicidad fetichizada» (Tafuri) el choque entre sistemas no convergentes (lo histórico y lo nuevo) ha dado origen, en el postmodernismo a una revitalización de los principios compositivos.

Un nuevo funcionalismo, no tendría por qué caer en recuperaciones instantáneas de la historia, como intentó el neo-liberty italiano. Al fin y al cabo no era la historia (como sistema coherente de valores y normas con el entorno) lo que se recuperaba sino «emociones, nostalgias e intereses incluso autobiográficos» (Tafuri). Un nuevo funcionalismo no debería plantear la revitalización de la ciudad histórica sino el espacio construido como una dialéctica entre estructuras formalizadas (ambas heredadas y nuevas) y sus cambios morfológicos.

En su «Urbanística: l'avenire della citta», Samoná plantea también la tensión entre historicismo y a-historicismo como vital para cualquier nueva óptica funcional. A partir de él, tomamos postura hacia la consideración de «un solo ambiente operativo», que en nombre de coherencia histórica acumulada, de invasión sucesión de procesos nuevos sobre morfologías heredadas, exige un esfuerzo de multivalencia, frente al cual el historificar la utopía del ambiente antiguo, a partir de la supuesta derrota de la utopía (proyecto de futuro) racionalista, parece innecesario.

El espacio construido urbano, debe considerarse como un espacio «total» dialéctico en el que la superpo-

sición vitalizada de moderno y antiguo supone un auténtico esfuerzo de creación.

La re-creación (re-invencción) de la ciudad existente, supone partir de un medio de cultivo complejo, no homogéneo, no tabula-rosa sobre el que los objetos ready-made (los trasatlánticos de la nueva construcción, las casetas prefabricadas de teléfonos o la parafernalia de la lingüística del tráfico) ocupan posiciones estratégicas.

Aunque la ciudad siga siendo (Rossi) un gran artefacto arquitectónico, es su propia «especificidad» la que se escapa a las reglas exclusivas del mundo físico. Es por esto que el énfasis en tipologías y morfologías urbanas per-se, como actuaciones para-arquitectónicas carecen en cierto modo de relevancia frente a la dureza de los fenómenos que las condicionan. Los procesos urbanos a que ya nos hemos referido de obsolescencia funcional (desvaloración), revalorización de la renta situacional del artefacto arquitectónico, invasión de culturas «dominantes» (automóvil, supermercados) se han presentado con tal ímpetu ante el propietario del suelo urbano que, en el sistema de mercado liberal, la solución arquitectónica o es coherente con estas fuerzas o es rechazada.

La transformación del tejido arquitectónico en la ciudad habrá de ser en esta nueva óptica funcionalista menos resultante de la aplicación constante de la dialéctica historicismo-modernización, que del conflicto directo propietario-promotor-usuario, para dar sólo un ejemplo en barriadas modernistas (suposición causal indemostrada) que han de ser rehabilitadas o derruidas antes de su utilización plena (desde Pruitt-Igoe hasta Orcasitas) mientras el patrimonio del XIX reside en su ambivalencia. ■